

y sin ninguna dificultad, se marcarán aquellas. Y esto es tan cierto, que á haber existido un solo plano de Madrid, por antiguo que fuese, hecho con rigor geométrico, pocos meses hubieran bastado para formar sobre él el plano exacto del Madrid actual. El grabado que proponemos podría hacerse en esta corte; pues no falta algun artista de conocido mérito que desempeñaría con lucimiento este trabajo; pero acaso fuera mas económico y sin duda mas breve que se grabase en Paris, donde el gran número de artistas, y la perfeccion de las máquinas e instrumentos que se emplean para estas obras, facilitarían y abreviarían infinito esta operacion.

Aunque un plano en escala menor y en una sola hoja no serviría absolutamente para ninguno de los objetos útiles que hemos enumerado, pues en la reduccion se perderían irremediamente todos los detalles que hacen al grande tan superior á todos los anteriores, pudiera también grabarse sin embargo para ciertos usos curiosos de los habitantes y forasteros; pues si bien es verdad que para saber donde se halla situada una calle, en qué puntos empieza y termina, en cuáles desemboca &c., puede decirse que lo mismo sirve cualquiera de los anteriores; así el defectuoso que hace 80 años trazó Espinosa, como sus copias, nunca se perdería nada en que aun para estos objetos de curiosidad se hiciera uso de un buen plano. Pero de todos modos lo que importa es el grabado en igual tamaño del plano que se acaba de levantar; si esto no se hace, de nada servirán las delicadas operaciones practicadas por los ingenieros Merlo, Gutierrez y Rivera, ni todo lo hecho hasta aquí, y se habrá gastado infructuosamente el dinero; porque colocado el plano original en los salones del ayuntamiento, arrollándolo y desarrollándolo continuamente, custodiado hoy por unas manos y mañana por otras, por mucho cuidado que con él se tenga, llegará á estropearse y romperse antes de muy pocos años. Atendida la ilustracion de los señores concejales que tienen hoy á su cargo este asunto, á cuyo celo y actividad debe también algo el nuevo plano, no dudamos que se llevará á cabo el grabado en grande que hemos propuesto.

Habiéndose hecho demasiado largo este artículo, presentaremos en otro una multitud de datos curiosísimos respecto á la circunferencia, diámetros, superficie, número de manzanas, plazas y calles, longitud de estas, y otras noticias de la capital de la monarquía desconocidas hasta ahora, y que nos ha dado á conocer el nuevo plano.—Ramon de Echevarria.

INDICE

de los Reales decretos, órdenes y circulares que se han publicado en este periódico en el mes anterior.

- Real orden para que de los fondos del empréstito destinados á la conclusion de carreteras generales se apliquen 30 millones de reales á las nuevas carreteras que se señalan en la relacion que se acompaña. (Núm. 4499.)
- Real decreto aprobando interinamente el reglamento que á continuacion se inserta sobre el modo de proceder en la sustanciacion de los negocios contenciosos que se ventilan en el Consejo Real. (Núm. 4505, 4506, 4509, 4512, 4513, 4514 y 4515.)
- Real decreto estableciendo en la ciudad de Cádiz un Banco de descuentos, préstamos, giros y depósitos, con la denominacion de Banco de Cádiz. (Núm. 4511.)
- Real decreto admitiendo á D. Francisco Javier Isturiz la dimision de los cargos de Ministro de Estado y Presidente del Consejo de Ministros. (Núm. 4521.)
- Otro nombrando Ministro de Estado y Presidente del Consejo de Ministros al duque de Sotomayor, marques de Casa-Irujo. (Idem.)
- Otro admitiendo la dimision de sus respectivos cargos á D. Joaquin Diaz Caneja, Ministro de Gracia y Justicia; á D. Alejandro Mon, de Hacienda; á D. Francisco Armero y Peñaranda, de Marina, Comercio y Gobernacion de Ultramar; y á D. Pedro José Pidal de la Gobernacion de la Peninsula. (Idem.)
- Otro nombrando Ministro de Gracia y Justicia á D. Juan Brabo Murillo. (Id.)
- Otro nombrando á D. Ramon Santillan, Ministro de Hacienda. (Idem.)
- Otro cubriendo el cargo del ministro de la Gobernacion de la Peninsula á D. Manuel de Seijas Lozano. (Id.)
- Otro nombrando para el desempeño del ministerio de la Guerra al teniente general D. Manuel Pavia. (Id.)
- Otro nombrando para que desempeñe interinamente el despacho del ministerio de la Guerra al subsecretario del mismo el mariscal de campo D. Félix Maria de Messina. (Id.)
- Otro haciendo igual encargo para el despacho del ministerio de Marina y Gobernacion de Ultramar al subsecretario del mismo el gefe de escuadra D. José Baldasano. (Id.)
- Otro creando un nuevo ministerio con la denominacion de Secretaria de Estado y del Despacho de Comercio, Instruccion y obras públicas. (Id.)
- Otro nombrando para el desempeño de dicho ministerio á Don Mariano Roca de Togores. (Id.)

UN NAUFRAGIO EN LAS ISLAS MALDIVAS.—El buque frances el *Aguila*, con destino al golfo de Bengala, arribó á Puerto Luis en la isla Mauricio. El capitán, quien conocia hacia muchos años, era un marino muy experimentado, por lo que me embarqué con él, y nuestro buque levó áncora el 19 de Octubre de 1859 al anocheecer. Impelido por una fuerte brisa de Sud-Oeste, se hizo pronto á la mar á todo trapo; por lo que al amanecer solo se presentaba la tierra á nuestra vista como una pequeña nube en el horizonte. El hermoso tiempo, el viento favorable, y la rapidez con que el *Aguila* surcaba las espumosas olas, nos prometia la mas feliz navegacion. La brisa fresca y regularmente suave, nos impelió hasta el 10 gr. de lat; pero desde allí todo cambió repentinamente: el mar agitado por momentos, y el tiempo amenazador, variando el viento á cada instante, acompañado de vientos aguaceros, cansaban á la tripulacion que maniobraba, y el cielo se presentaba tan sombrío y cubierto, que nos fue imposible hacer ninguna observacion astronómica, pasando de este modo muchos dias y noches que se nos hacian insoportablemente largas por la horrorosa incertidumbre en que estábamos. Por último, á las seis de la tarde del 24 de Octubre un marinero, colocado de vigia en el palo de mesana, pronunció con voz fuerte las palabras que nunca se oyen sin emocion en casos semejantes: ¡Tierra! ¡Tierra! Era el archipiélago de las Maldivas. Nuestra direccion era cierta, pues ocupábamos el paso de los buques que se dirigen al golfo de Bengala.

Después de hecho el reconocimiento de las costas, el mismo capitán dirigió y mandó la manobra y orientó el navio, tomando las precauciones y dando las órdenes necesarias.

El viento soplabá por ráfagas, la atmósfera estaba nebulosa, y la noche, que ya se aproximaba fue tan oscura, que solo la fosforescencia del mar indicaba el surgidero de nuestro buque, del que apenas se distinguía la proa en las blancas y espumosas olas. A pesar de la seguridad que nos imponia la gran prudencia de nuestro capitán, sus medidas tomadas, la direccion del compas, que cada vez tendia mas y mas á alejarnos de las costas, no podíamos desechar la profunda tristeza que nos causaba la oscuridad tenebrosa de la noche, las islas que habíamos visto á la caída del dia, y los parajes reputados por peligrosos que atravesábamos. Los marineros que no estaban de servicio se acostaron, y el capitán, el teniente y los pasajeros entraron en la popa, no quedando sobre el puente sino el segundo capitán y los que estaban de cuarte. En la aparicion todo marchaba bien, la brisa habia cedido, por lo que nos ficitábamos; pero nos inquietaba al mismo tiempo que el buque luchaba con dificultad con las rápidas corrientes que le arrastraban con extremada violencia hácia las costas por falta de esta misma brisa que tanto temíamos. Sin dudar de ello comprendíamos desde el primero hasta el último que corríamos á nuestra ruina, pues los infinitos canales que separan las islas Maldivas entre sí son como otras tantas esclusas por las que se precipitan las aguas, y sobre todo en la época que reinan los vientos del Oeste, el agua que se precipita en grandes masas á través del laberinto de todas estas islas produce una descomposicion cuya influencia se extiende á bastante distancia. ¡Desgraciado el buque que se deje arrastrar de noche en tan funestas corrientes! ¿Cómo conocer entonces aquella fuerza invisible que arrastra y atrae al buque sordamente y sin agitacion? ¿Y cómo descubrir aquellos bajos que se confunden en las olas y desaparecen en tenebrosa oscuridad?

A cosa de las nueve el buque sintió un fuerte sacudimiento. A la vez un grito agudo se oyó en la proa por los hombres de cuarte, y en el instante nos precipitamos en el puente, cuando otro sacudimiento se dejó sentir mas terrible aun que el primero, y que quebrantó el bajel, desbaciendo la cresta de un peñasco de coral con su quilla. Durante algunos minutos avanzó aun, subiendo unas veces, bajando otras, y raspando las puntas de las rocas, producia chasquidos espantosos, pues su mastelaje amenazaba ruina y los flancos se hacian pedazos, hasta que por último golpe una oleada le arrojó sobre un arrecife, donde permaneció como sepultado.

Difícil seria expresar con exactitud la impresion que se experimenta en un caso semejante. Desvanécense todas las ideas en un sentimiento de horror profundo, y el oido y la vista parecen entorpecidos como después de un gran sueño. La calma solo vino á aumentar la extension de nuestros males. Ninguna esperanza nos quedaba de salvar el buque; su timon estaba roto y toda manobra era enteramente inútil; ningun movimiento le quedaba sino algun chasquido horrible producido por las olas que se estrellaban en su popa con violencia, y extendiéndose después por los costados le golpeaban contra el peñasco, levantándole por un instante para dejarle caer con espantoso estrépito. En medio de la oscuridad solo se distinguía el resplandor de los arrecifes en que las ondas brillaban estrellándose, y la inmensa cubierta blanca que formaban las espumosas olas amenazantes y dispuestas á tragarnos.

Después de los primeros momentos de terror y abatimiento que causó tan horrible espectáculo, cada uno se apresuró á trabajar en provecho del bien general. Se subieron viveres sobre el puente, se dispusieron los palenques para las chalupas, se embarcaron las provisiones necesarias para la travesía de algunos

dias; todo lo que se verificó en muy pocos minutos, y en aquella noche el agua casi llenaba ya el buque. Inclinado por su alto velamen amenazaba una ruina completa, por lo que se decidió cortar una parte de sus mástiles, con el objeto de prolongar siquiera su existencia hasta el dia. Esta operacion fijó un poco el buque, y volvió á los marineros aquel aire de indiferencia que los caracteriza; pues en seguida se durmieron profundamente en el gallardete delantero, en que encontraron un abrigo contra los golpes de mar. El capitán, los oficiales y pasajeros estaban muy distantes de poder disfrutar de esta tranquilidad; pues el porvenir se nos presentaba con los mas vivos colores de la desgracia, que el temor y la incertidumbre aumentaban; añábase que no conocíamos la tierra en que habíamos sido arrojados sino por los antecedentes mas superficiales de geografía; pues aunque habíamos visto su configuracion en la carta, no teníamos ningun conocimiento del país, ni de sus habitantes, ni de sus costumbres, y aunque nos preguntábamos sobre todos estos particulares, para nosotros de tan gran interes, ninguno teníamos conocimientos que nos pudiesen tranquilizar, pues son tan poco visitadas estas islas por los buques europeos, que solo se tienen algunas noticias vagas e incompletas de ellas. A la cruel incertidumbre de nuestra suerte, en medio de estos pensamientos, reuniase aun la mas cruel sobre la que nos esperaba, si Dios nos salvaba del naufragio, lo que nos hacia esperar el dia con la mayor ansiedad.

Por fin amaneció este para alumbrar mejor nuestro desastre. A nuestros pies un monton de despojos, restos miserables de nuestro hermoso buque, y delante de nosotros á cinco ó seis millas de distancia una isla pequeña rodeada de bajos y arrecifes que se extendian hasta perderse de vista, y abrazaban un circuito de islotes poblados de cocoteros.

Antes de proceder al salvamento se tomó la resolucion de destapar la barrilería que contenia el vino y los licores fuertes, manantial casi siempre de todas las desgracias que acompañan un naufragio. En seguida con los restos del mastelaje hacinados sobre el puente se formó una ancha balsa, precaucion sabia, pues nuestras barcas podian zozobrar en las olas, siendo necesario conservarlas para el trasporte de las provisiones. Concluida la balsa se la puso al abrigo de las oleadas en el delantero del buque, y se echó la chalupa al mando del teniente, reuniendo los viveres y útiles necesarios para formar un establecimiento en la isla desierta. Alejóse en un momento de calma, pero las oleadas que sobrevinieron después la lanzaron con gran violencia sobre los arrecifes, que solo con gran dificultad se le hizo franquear, aunque perdiendo gran parte de las provisiones. Felizmente la canoa no experimentó ningun contratiempo, siéndonos de gran satisfaccion, pues llevaba nuestras armas, municiones de guerra y los instrumentos de marina. Ya una parte del equipaje estaba salvada, mientras la otra permanecia á bordo con el capitán. El tiempo se empeoraba cada vez mas, las chaparradas de granizo y las olas del mar se aumentaban; lo que obligó á la gente á echarse á nado sin esperar las barcas. El capitán se echó el último después de asegurarse de que no quedaba ninguno á bordo. Abandonada la balsa á las corrientes, venciéndose de un lado y levantándose de otro avanzaba dando vueltas, y era necesario agarrarse con fuerza para no caer al agua impelidos por las oleadas que nos envolvian por todas partes y se estrellaban sobre nuestras cabezas. Por último, llegó la balsa á los arrecifes sin que ninguno de nosotros hubiese experimentado ningun accidente particular en aquella peligrosa aunque corta travesía. Los arrecifes que abordábamos en aquel momento rodean extendiéndose en línea circular un vasto recinto, cuyas aguas parecen estancadas por su calma, y en cuyo centro se elevan infinitos islotes, cuyos peligrosos escollos forman una impenetrable barrera y temible reducho del habitante de las islas Maldivas. Esta reunion de los islotes en el recinto formado por los arrecifes es conocida con el nombre de *Atollon* que los insulares llaman alguna vez *Atollon Honadoc*.

Como la balsa no podia franquear los arrecifes sin experimentar las mayores dificultades, y fuera ya del peligro que ofrecian estos, nos era enteramente inútil, la abandonamos, y mientras dos barcas dirigidas lentamente condujeron todo lo que habíamos sacado del buque. Al dirigirnos hácia la isla mas próxima descubrimos un barco que se dirigia hácia nosotros, por lo que determinamos por disposicion del capitán esperar á los insulares, á quienes no conocíamos ni por sus intenciones ni por sus costumbres, dándoles de este modo una prueba de confianza que proporcionaria tal vez sus simpatías, asegurándonos de sus disposiciones. A cosa del medio dia creímos mas acertado dirigirnos á una isleta en que nos reunimos las tres barcas: la isla que habíamos abordado estaba enteramente desierta y plantada de cocoteros que se descubrian en el interior.

Apenas habíamos saltado á tierra cuando vimos llegar algunas embarcaciones de las que por su rapidez merecen un renombre que inspira cierto terror en algunos parajes de la India. Mas de 60 hombres armados de puñales suspendidos de su cintura nos rodearon, y nuestros marineros, poco antes desafiando el furor de los elementos con heroico valor, se turbaron á la vista de una simple hoja de hierro, entregándose á todos los terrores de una imaginacion exaltada por el temor. Verdaderamente el marino es un ser excepcional: mientras está á bordo se rie del peligro, y exponiéndose sin reflexion, parece haber dejado la responsabilidad de su vida al capitán del buque; pero en tierra por

junturas, como un prolongado suspiro de dolor, el silvido del aire. En el ángulo mas oscuro se veia un catre de tijera, en el que yacía una pobre enferma tiritando bajo la raída manta que la cubria, y que ocultaba parte de un chal de lana extendido allí por alguna mano amiga.

La enferma miró con asombro á Marbois. Este, con suma delicadeza, pretestó que una señora caritativa, instruida de la desgraciada posicion de la que visitaba, la habia encargado que fuese á ofrecerle un debil socorro, en tanto que llegaban mejores tiempos.

Esta proposicion ruborizó ligeramente las pálidas y descarnadas mejillas de la infeliz.

—Gracias, caballero, respondió; nuestra miseria no es tan grande para que aceptemos una limosna, á que otras mas infortunadas tendrán mas derecho. De todos los bienes que poseia me ha dejado el cielo el mas precioso, mi hija, mi querida Margarita.

Adriano dejó escapar un movimiento como para decir: ya lo sé.

—Gracias á su trabajo, continuó la enferma, podemos satisfacer las mas precisas necesidades. Todos los dias, en que carezco de sus cuidados desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, y algunas veces mas tarde, es porque ha ido á ganar un salario que, aunque módico, es suficiente para nosotras. Además, conozco que no me queda mucho tiempo para llevar el peso de

una miseria que gravita toda sobre la pobre niña. Cuando yo muera podrá descansar algunos momentos.... Tengo el consuelo de que Dios la recompensará, porque no deja sin recompensa ninguna accion meritoria.

Marbois no se atrevió á insistir, y se retiró casi avergonzado y con el alma desgarrada. Al salir dió dos luses al portero, quien le ofreció emplearlos útilmente en favor de la enferma.

Llegada la noche se acordó Adriano del convite de Jorge, y marchó á casa de Mme. Stainville.

Los almacenes ocupaban todo el primer piso. A pesar de ser bastante tarde, oyó por entre las entreabiertas puertas un sordo murmullo, por lo que conoció que el trabajo de las oficiales se prolongaba hasta bien entrada la noche.

Al llegar al piso segundo la importante voz de un ayuda de cámara anunció su nombre entre los numerosos convidados que circulaban por los salones de Mme. Stainville.

Prevenida la suegra de Jorge, se apresuró cuanto le permitia su gordura á salir á recibir á Mr. Marbois. No tardó en conocer este que todo el valor moral é intrínseco de Mme. Stainville estaba representado por un triple volante de encajes; cuyo precio podría ser de 4 ó 5000 francos, y por una profusion de joyas, entre las cuales el ojo experto de un lapidario hubiera encontrado largo asunto para sus estudios. Algunos pocos cabellos, hábilmente dispersos, se ocultaban avergonzados de su soledad bajo una papalina, en la que un precioso encaje de Valenciennes dispu-

taba la preferencia á una inmensidad de cintas. Mme. Stainville valia en aquel momento 10 ó 15,000 francos, ¡ni mas ni menos.

El marido era un hombrecillo de voz de marica, tan delgado como una aguja, y en quien nadie fijaba la atencion. Adriano tuvo, sin quererlo, el arte de ganar su confianza, preguntándole cuánto podia ganar una de sus oficiales en las nueve ó diez horas de trabajo que exigia de ellas.

—Dos francos, y algunas veces 2 francos y 50 céntimos, respondió Mr. Stainville dándose importancia; pero se les paga los domingos cuando la estacion nos obliga á trabajar los siete dias de la semana.

—¿Y cuánto tiempo dura la estacion?

—Dos temporadas de á tres meses cada una en el año.

Adriano se sintió conmovido de lástima para unos y de aversion para los otros..., para los que explotaban á vil precio la libertad y la vida de aquellos cuyo trabajo casi no interrumpido reportaban al dueño de la tienda tantos billetes de banco.

Aquellas tristes reflexiones fueron interrumpidas por las súplicas de Mme. Stainville. Oponiase con toda la fuerza de su amor maternal á que su hija cediese á las instancias de los importunos que la rogaban que cantase. La señorita Rosa habia bailado tres veces, su tocado la habia costado mucho esmero, y la buena madre se alarmaba al ver tanta fatiga. Al fin tuvo el sentimiento de ver desconocida su autoridad, y Rosa se dejó conducir al piano. (Se continuará.)